

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 139.—15 de Diciembre de 1875.

*Dios es caridad. (San Juan
Epist. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Doña J. F., viuda de L. Ibamos á decir que los pobres tienen frio y pedir auxilio para abrigarlos, cuando V. se ha anticipado á nuestra peticion, enviándonos seis mantas, que han abrigado á seis pobres (de Madrid, por supuesto). Dios bendiga su prevision, como la han bendecido aquellos seis infelices, y haga que su caridad halle imitadores.

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Gracias á:

Doña Natalia Ocerro, por hilas.

Doña Mercedes O'Nagten, por trapos.

Una suscritora, por hilas.

Doña Carolina Moreno de García, por hilas.

LOS POBRES NO TIENEN CENA DE NAVIDAD.

Pocas aclaraciones ni comentarios necesita el anterior epígrafe. No podemos dar cena á nuestros pobres, porque son pocos los socorros que este año nos han enviado para ellos las personas caritativas. La Caridad está ocupada en socorrer á las víctimas de la guerra; pero ¿será posible que sus brazos, que alcanzan á todas partes, no puedan estrechar á un mismo tiempo á los heridos y á los pobres? ¿Consolará solo á los primeros, y dejará en horrible abandono á los segundos?

La ¡Noche Buena! ¡La noche que recuerda el nacimiento del Salvador! Cuando todos los escaparates de las tiendas están llenos de tantas golosinas, de tantos manjares que escitan el apetito; cuando en todas partes se cena con mas abundancia y variedad de platos que de ordinario; cuando en todos los hogares resuenan alegres las voces infantiles, y sus ecos dilatan las almas de los padres; cuando todo el que tiene siquiera un pedazo de pan y un racimo de uvas, se contagia con la alegría y animacion generales, ¿qué siente el desgraciado que no tiene nada que dar de cenar á sus hijos ni tal vez les ha podido dar de comer?

Tiene frio en el cuerpo, que no puede cubrir por falta de abrigo, y tiene mucho mas frio en el alma. ¡Sí, mucho mas! Cuando oye la alegría de sus vecinos, haciendo horrible contraste con los lamentos de sus hijos que tienen hambre y le piden *siquiera pan*, y no pudiendo dárselo, no contesta á aquellos inocentes... ¡Qué pasará eu aquella alma! Si es bueno ¡qué horribles sufrimientos! ¡qué amargura tan sin consuelo! Si es malo ¡qué crisis tan peligrosa determinará tal vez en su vida aquella escena!

La cena de *Navidad* no es mas que una cena para el cuerpo, pero para el alma es un gran consuelo. El pobre que no tiene cena y que la recibe de la santa caridad, no ve solo en ella el alimento de aquella noche para él y su familia; ve y toca que en esa clase acomodada, de la que hasta entonces ha pensado mal quizás, hay quien se ocupa de él y alivia sussufrimientos; siente, al recibirla, que no está abandonado á su desgracia, que hay quien quiere y puede apoyarle y consolarle en sus infortunios, y encuentra su suerte menos dura, y se fortalece su valor para sufrir las penalidades de una vida, miserable, pero no ya despreciada ni indiferente á sus semejantes, de cuya compasion está seguro en adelante.

¿Y no hemos de poder dar este consuelo á nuestros pobres? ¿Hemos de dejarlos solos en su boardilla, oyendo llorar á sus hijos y reir á los del vecino?

¿No encontraremos quien nos ayude á darles de cenar?

Muchos de sus antiguos bienhechores han muerto; pero ¿no han de aparecer otros que los sustituyan? Esperamos que sí.

P.

EL PATRONATO DEL SERVICIO DOMESTICO.

No creemos que nuestros suscritores tomarán á mal el que, alternando con otras cuestiones serias y graves, ó con cuadros be-

néficos, en que suelen emplearse las páginas de LA VOZ DE LA CARIDAD, dediquemos hoy algunas á un punto vulgar, nada brillante, prosáico, si se quiere y anti-literario, pero de verdadero interés para las cuarenta mil ó mas familias, ricas ó medianamente acomodadas, que forman la mayoría del vecindario de Madrid, lo mismo que respectivamente sucede en otras grandes poblaciones de España.

Despues de todo, tratándose de *hacer bien* á gentes necesitadas de ello, no nos salimos de la competencia ó programa de nuestra Revista. Aludimos al estado deplorable del servicio doméstico.

Ya otra vez lo dijimos (*). Este es un ramo virgen de progreso y de mejora, del que todos se quejan, lo cual revela claramente los vicios de su organizacion, ó la falta absoluta de ella; y es bien notable que lo que á todos individualmente interesa, no merezca de nadie una iniciativa de util reforma.

Comprendemos que haya indiferentes para otras empresas y mejoras convenientes y benéficas, porque el egoismo tiene desgraciadamente muchos adeptos, los cuales solo se fijan en lo que personal y privativamente les causa perjuicio ó puede traerles ventaja; pero en materia de criados, todo el que necesita y puede tener, aunque solo sea uno, está interesado en que sean buenos y estables, al paso que criados y criadas tienen, á su vez, el interés de su bienestar presente y futuro, permaneciendo mucho tiempo en una misma casa, pues, portándose bien y siendo bien tratados, llegan á formar en cierto modo parte de la familia, que suple la ausencia de la suya propia.

En vez de esto, lo que vemos y tenemos, concretándonos á Madrid, es una poblacion ambulante de 60 ó 70.000 hombres y mujeres, errantes de casa en casa, que ni hacen fortuna, ni economizan para la vejez, ni mejoran sus condiciones morales y de instruccion; y al mismo tiempo tenemos tambien 40.000 ó mas familias, tomando y despidiendo, ó viendo despedirse criados, siempre con recelo de los nuevos, siempre ansiando tenerlos muchos años, y viendo desvanecerse esta natural aspiracion, porque el criado, que no tiene perjuicio alguno en variar de casas, facilmente deja una por ligereza, ó por la mezquina ambicion de ganar en otra algunos reales mas de salario.

Reconocemos que hay excepciones y muy honrosas. La moderna institucion de los *Premios á la virtud*, suele abrazar principalmente la de buenos sirvientes domésticos; y todos como nosotros recordarán criados viejos y fieles, mas antiguamente que ahora, y mas

(*) Véase el artículo inserto en el núm. 107 de la Revista.

en provincias que en Madrid. Si este artículo fuera una crónica de buenos criados, podríamos llenarla con ejemplos laudables; y uno especialmente podríamos citar en Valencia, con detalles que conocemos, digno de figurar en aquellos premios; pero la existencia de esas excepciones, el citarlas como tales y como rasgos notables, prueba que la generalidad de lo existente tiene poco de bueno y mucho digno de reforma. Hoy, en efecto, generalmente hablando, el criado no tiene interés en aplicarse á mejorar sus condiciones personales; y el amo, á su vez, le mira con indiferencia, porque sabe que cualquier día le dejará por motivo insignificante, por culpa suya ó del criado, ó á veces sin culpa verdadera de nadie.

Con estos hábitos, no es posible ó es muy difícil formar lazos de interés afectuoso, de gratitud y de benevolencia recíproca, que tan convenientes son en gentes que viven con nosotros, en la intimidad del hogar doméstico, poseedores inevitablemente de mil pequeños secretos de familia, y á quienes entregamos el cuidado de nuestros hijos y la defensa y llaves de nuestras casas.

Pero, todavía hay en este asunto otro aspecto, si cabe, mas sorprendente, y es como la industria privada, que estudia é investiga todos los medios de ganar dinero, que, apenas percibe uno realizable, ó se apodera de él y le toma por base para fundar especulaciones productivas, valiéndose de los recursos poderosos de la asociación, no se concibe, repetimos, cómo no se ha fijado en que podía especular provechosa y honradamente, haciendo al mismo tiempo un servicio recomendable, con un establecimiento montado en grande escala, que tuviese por objeto la preparación, la colocación y el amparo de los sirvientes domésticos de ambos sexos.

En Madrid, por ejemplo, asombra ver que, habiendo corredores para agenciar toda clase de negocios, agencias para facilitar todos los objetos del comercio, sociedades y empresas para hacer posibles las exigencias, cada vez mayores, de la vida civilizada, no hay quien se ocupe seriamente del ramo de criados, estando, por lo regular, confiada su agencia á memorialistas y porteros, salva alguna excepción de esfera limitada.

Para remediar tal abandono, indicamos, en el artículo antes citado, que bastaría la reunión de algunas personas celosas, que tomaran á su cargo estudiar la materia y fundar algo de lo mucho que en ella se necesita; pero la experiencia nos hace ver que, para semejantes empresas, suele haber muchos que las aplauden en teoría, algunos que las ayudan en la práctica, pero ninguno que inicie su planteamiento. Nos ocurre, pues, que á nadie mejor que al Ayuntamiento correspondía esta provechosa iniciativa.

La administracion municipal es una verdadera tutela y protectorado, que se ocupa del bienestar del vecindario, saliendo al encuentro de todas las necesidades públicas del mismo. Necesidad y grande es, pues, el que los vecinos tengan buenos criados y estos un estímulo para el buen comportamiento. Si nos interesa tener las calles bien alumbradas, los mercados provistos, las aguas puras y los paseos agradables, tambien nos interesa, y no menos, el tener criados que merezcan nuestra confianza, y el que desaparezca de los periódicos noticieros esa crónica de robos domésticos, que es el espanto de las familias.

En materia tan práctica no queremos limitarnos á declamaciones teóricas, y vamos á enunciar bases de un proyecto realizable á poca costa, que facilmente podría acometer una empresa particular ó el Ayuntamiento, bien por sí solo, como acto de su administracion tutelar, ó reclamando cooperacion activa y metálica de algunos padres de familia, celosos por el bien público.

Las bases podrian ser las siguientes:

1.^a Establecimiento de una Asociacion, titulada *Patronato de sirvientes domésticos*.

2.^a Una grande y sencilla escuela preparatoria, en donde se diesen á los jóvenes de ambos sexos las nociones mas elementales de lo que debe saber toda persona en sociedad, por modesta que sea su posicion, y especialmente lo que exige el servicio doméstico, y sobre todo, los principios de moral cristiana.

3.^a Una vigilancia y amparo sobre las personas que, procedentes de dicha escuela ó instruidas ya en otras, se inscribiesen en los registros del Patronato, inscripcion que requeriria previamente el tener buenos informes de sus antecedentes; como garantía de su proceder ulterior.

4.^a El Patronato se encargaría de facilitar la colocacion de los criados de ambos sexos, bajo una tarifa módica de derechos, que pagarian amo y criado por mitad. Al efecto, llevaría el Patronato un libro historial de cada sirviente, donde se anotarían todas sus vicisitudes y los informes que se pudieran ir adquiriendo de cada uno.

5.^a Todo sirviente inscrito en el Patronato estaria obligado á participar al mismo su entrada y salida en cada casa, expresando las causas de la salida, causas de cuya exactitud procuraria cerciorarse el Patronato. Cualquier ocultacion maliciosa en este punto, sería motivo suficiente para espulsar al sirviente del Patronato.

6.^a Tambien este podria acordar esa misma espulsion, si se convenciera de que el sirviente no era merecedor, por su conducta,

de figurar en un protectorado que se debe solo al buen comportamiento.

7.^a El Patronato daría títulos de buen servicio, acompañados de un premio metálico, á los sirvientes de ambos sexos que lo mereciesen por su buen proceder. Estos títulos serían de tres clases. Tendrían derecho al de 1.^a, con un premio de 1500 rs., los que hubiesen permanecido siete años consecutivos en una misma casa, con buen informe del gefe de ella; al de 2.^a, con 1000 rs., los que hubieran estado cinco años, y al de 3.^a los que hubiesen estado tres años.

Estos premios se darían, una mitad en dinero, y la otra en una imposición de la Caja de ahorros, publicándose además en algun periódico y comunicándose al Alcalde del pueblo del agraciado, para satisfacción de su familia y paisanos.

8.^a Cuando un sirviente inscrito en el Patronato quedara despedido de la casa en que se hallase, sin motivo grave que le perjudicara, el Patronato cuidaría de proporcionarle, hasta su nueva colocación, trabajo propio de su edad y sexo, en establecimientos ó talleres preparados al efecto, ó reclamando este auxilio de los particulares ó industriales; pero, del jornal de ese trabajo, el Patronato percibiría una tercera parte para sus fondos.

Con tan sencillas bases, ú otras que un mayor estudio y discusión podrían sugerir, sería facil montar una institución utilísima, poco costosa y cuyas ventajas reconocería con aplauso el vecindario. Basta para ello considerar que entonces, al presentarse un criado ó criada en nuestras casas, en vez del sistema molesto de informes informales y vagos, que es la única y falaz garantía con que los admitimos en las interioridades de la familia, tendríamos una garantía de su inscripción en un Patronato, que no patrocinaría mas que á los dignos de serlo.

Algo semejante á lo que indicamos existe aquí en Madrid, donde tenemos la *Casa de Refugio para criadas*, establecida en el colegio del Carmen, plaza de San Francisco, núm. 2; y la *Casa de asilo y proteccion de sirvientas*, que está en la calle de San Miguel, núm. 8, á imitación de las que hay en París, bajo las denominaciones de *Casa de Santa Maria de Loreto* y de *Asociación de sirvientes*; pero estas fundaciones, aunque útiles y buenas, ni abrazan una reforma completa, cual nosotros proponemos, ni bastan á remediar la gran necesidad que todos lamentamos.

Escusado parece advertir que el Patronato que proponemos, como medida de carácter administrativo ó de industria particular, no embarazaría en nada á las disposiciones de policía que el Gobierno tiene adoptadas ó adopte en lo sucesivo respecto á criados, tales

como las cédulas personales, registros y cartillas; antes, al contrario, sería el mejor auxilio y cooperacion para la puntual observancia de esas disposiciones.

¿Qué se necesita para realizar todo esto? Muy poco, en verdad.

Si la industria particular no lo hace, bastaría una iniciativa del Sr. Alcalde, una reunion, convocada por el mismo, de dos docenas de personas celosas, y alguna subvencion de los fondos municipales, que bastase para los primeros gastos, pudiendo tambien contarse, para ingresos futuros, con una retribucion que podria exigirse á los gefes de familia que quisieran incribirse como socios pasivos del Patronato, para contribuir á su sostenimiento y tener derecho gratuito á que se les proporcionasen criados.

Hoy tenemos un Alcalde y un Ayuntamiento celosos por el bienestar del vecindario (aunque antes tambien los ha habido). Ocasion es, pues, de que sus dignos individuos demuestren, si aceptan nuestra idea, que conocen bien sus deberes de hacer provechosa y benéfica para todos la administracion municipal que se les ha confiado.

Antonio Guerola.

SUEÑOS DE FRIO.

Lo que voy á trasladar de la memoria al papel sucedió hace tiempo, bastante tiempo. ¡Entonces era yo mas feliz que ahora!....

Estábamos en la noche del 20 de enero. Despues de un dia de regular trabajo de cabeza, me acosté á las doce en mi mullida y abrigada cama y alli me entregaba á un descanso plácido y reparador.

Hacia frio, mucho frio, y la pálida luz de la luna penetraba por los cristales de mi balcon. Siempre me ha gustado dormir con alguna luz natural ó artificial. La oscuridad del dormitorio parece convertirlo en un sepulcro y hacer mas viva la imágen de la muerte representada por el sueño de cada noche.

Aquella claridad melancólica y dulce, aquel silencio, aquel abrigo consolador contra la inclemencia de la atmósfera, cual bálsamo calmante de los dolores de una herida, me producian un extraño bienestar y deseaba se retardase la invasion misteriosa del sueño.

Mi imaginacion, dócil servidora de la voluntad, venia en mi auxilio para aumentar ese goce de bienestar físico con otro moral. Recordaba sucesos felices pasados, acariciaba proyectos venturosos, y

el don divino de la esperanza completaba la especie de beatitud que me embargaba. ¡Brotaba de mi corazón un movimiento de tierna gratitud y amor á Dios!....

Pero ¡cosa rara! lo que constituía principalmente aquel estado plácido de goces puros del espíritu era el goce material del abrigo de mi cama. ¡Qué influencia tienen una colcha y un par de mantas! Mi cuerpo iba entrando en una tibia temperatura y bajo esta dulce impresión el sueño se apoderó al fin de mí.

¿Cuándo? ¿Cómo? ¿En qué momento? Lo ignoro, como se ignora siempre. El sueño amortigua nuestras sensaciones de un modo tan lento y embriagador, que nadie conoce dónde concluye el pervigilio y empieza esa muerte de algunas horas.

No acierto á definirme lo que entonces pasó por mi espíritu, pero recuerdo bien que pasaron visiones de una eficacia veheméntísima. Mi alma se transportaba á lugares lejanos; veía gentes que no conociera; asistía á escenas nuevas para mí; sentía con el sentimiento ajeno; parecía como si una fantasmagoría mágica me hiciese pasar revista á diversas situaciones extrañas á la mía, aunque todas de un interés conmovedor.

En todas ellas sobresalía una sensación material y terrible de frío, de verdadero hielo, tan diferente del calor vivificante de mi lecho; y aunque abrigado mi cuerpo en él, se asociaba á los dolores de una frialdad mortal que veía sufrir á los demás.

Vi primero la ladera elevada de una montaña y en ella rústicamente formada una trinchera que estaba llena de pobres soldados durmiendo sobre barro helado. Era una noche oscura y caía nieve á grandes copos.

Uno de los soldados estaba de pie haciendo centinela. Yo veía su rostro amoratado, sus dientes chocando entre sí, su cuerpo tembloroso, y sus ojos que tristemente se elevaban al cielo con una expresión, que yo no sabía distinguir si era de terror por una muerte silenciosa y cercana, ó de resignación santa para sufrirla.

Oyóse un grito lejano que decía: *Centinela, alerta*, y el soldado haciendo un esfuerzo supremo, contestó con voz casi apagada; *Alerta está*, y cayó exánime. Había cumplido con su deber de vigilancia mientras tuvo algún resto de calor que sostuviese la circulación de su sangre.

Aterrado con este espectáculo, me encubro mas, bajo mi abrigo, cual si temiera seguir la suerte del centinela muerto de frio, y cierro los ojos. No sé cuánto tiempo pasé en aquel estado, pero de repente paréceme distinguir una estraña claridad que ilumina el mas fantástico y sombrío paisage. Es una aurora boreal, no como las hermosas que alguna vez se ven en nuestros templados climas meridionales, sino lúgubre, imponente, reflejando su siniestra y débil luz sobre montañas enormes de hielo, que abrazan todo lo que alcanza la vista.

En una de esas montañas hay formada una cueva del mismo hielo: dentro de ella se distinguen tétricas figuras de pobres marineros vestidos de pieles. No sé quién me dice que aquello es el mar polar, mar inhospitalario que mata un noventa por ciento de los valerosos navegantes que se atreven á acercarse allí; y me dice tambien que aquellos náufragos son pobres balleneros ó intrépidos tripulantes de un buque encallado en los hielos, que iba en busca de peligrosos descubrimientos hácia el deseado y quizás fabuloso mar libre del polo.

Algunos han muerto: sus cadáveres, de rigidez espantosa, están á la entrada de la cueva: los que sobreviven no tienen ya fuerzas ni aun para enterrar á los muertos; falta el fuego y el alimento, y son víctimas condenadas á seguir la suerte de sus compañeros. Oigo á uno de ellos que dice, con la voz de una desesperacion impotente: *¡Por un poco de fuego ó de abrigo daria diez años de mi vida, si los tuviera, en vez de diez minutos que es quizás lo que me queda de existencia!*

Este espectáculo me afecta hondamente; me revuelvo en mi cama, y me pregunto si soy víctima de una alucinacion, si estoy dormido ó despierto. Creo que es esto último, porque oigo claramente el grito del sereno que da la hora en la calle, con voz que parece la de un moribundo. ¡Aquel guardian, protector del sueño de las personas abrigadas, está casi helado á la puerta de nuestras casas!

Pero ¡qué nuevo espectáculo hiere mi vista! Sin saber cómo, paréceme que estoy asomado hácia el interior de una miserable boardilla. Allí, sobre un mezquino jergon, hay una pobre mujer y tres niños que lloran tiritando y gritan con acento doloroso:

—Madre, tenemos frio, dadnos abrigo.....

—No le tengo, pobres hijos mios, ni ropa, ni fuego, ni siquiera

una tabla para cerrar esa claraboya por donde está cayendo la nieve que va á inundar el cuarto. Venid á mi regazo; tomad un poco de mi propio calor.

Los niños se abrazan á su madre, pero uno de ellos, inspirado por una idea que sin duda otra vez le ha dado buen resultado, cambia de abrazo y corre á darlo al cañon de una chimenea que atraviesa la boardilla para lanzar afuera el humo caliente de la chimenea del piso principal. ¡Vana esperanza! El tubo está tambien frio, la chimenea de bajo está apagada porque en aquella hora duermen abrigados los venturosos que de dia la utilizan para calentarse.

A poco rato, tal es el espanto de la pobre madre, viendo que uno de sus hijos va á morir helado, que se levanta bruscamente, enciende un fósforo y prende fuego al jergon que sirve de cama á todos, para ver si se reaniman un poco al calor de aquella llama: *Tengamos hoy, esclama, un poco de calor, aunque mañana no tendremos cama.*

Mi corazon se oprime ante este cuadro. Quiero moverme y hablar y llevar algun abrigo á aquella desdichada familia; me agito, hago esfuerzos violentos, y merced á ellos, sin duda..... todo desaparece, abro los ojos, me encuentro arropado en mi mullido y caliente lecho y veo de nuevo la luna iluminando tranquilamente mi dormitorio.

Ha sido una pesadilla, una serie de terribles pesadillas. ¡Bendigo á Dios por el contraste de lo que he visto, con mi situacion verdadera!

Pero entonces, despierto ya y sereno, me entrego, por un impulso irresistible, á profundas reflexiones.

Lo que he visto en sueños, puede ser todo verdad en alguna parte y en este momento mismo. Quizás, mientras yo estoy en esta atmósfera templada que me defiende de la crudeza del invierno, otros seres como yo, mejores que yo, mas dignos quizás que yo de gozar este bienestar, están sufriendo los horrores de un frio intenso, que, no encontrando la resistencia del abrigo, va atacando su movimiento vital.

Soldados, marinos, caminantes, pastores, guardas, en el campo, en el mar y en las mismas calles, están sufriendo esos tormentos del frio, por un motivo ú otro; pero casi todos son motivos que forman trabajo productor para que yo pueda dormir tranquilo y abrigado.

Otros hay mas desdichados aún. No arrostran el frio en aras de un deber que se imponen ó que necesitan sufrir; lo sufren por una terrible precision; porque son pobres y carecen de todo en sus miserables boardillas. Débil techado los defiende malamente de la cruda

temperatura de cero ó bajo cero, *Reaumur*, que hay en los tejados: en el interior no hay fuego ni abrigo; pero hay goteras por donde filtra gota á gota el hielo derretido. Una simple manta sería allí tan salvadora, cual lo es para el soldado que pasa las noches en la trinchera; pero al soldado se le da para que no perezca helado; del pobre no se cuida nadie mas que la mano de la caridad.

¡Sueño triste y desgarrador, yo te bendigo! Me has enseñado con una alucinacion provechosa lo que otros producen, mientras yo estoy aquí tan agradablemente abrigado. Cada vez que me vea de este modo, daré gracias á Dios y pensaré mas de lo que lo hacia hasta ahora, en los pobres de las boardillas, que viven quizá en mi misma casa, para ocuparme activamente de su suerte y procurarles, sobre todo, algun abrigo que les defienda contra el dolor mortal del frio.

Fausto.

CONFIDENCIAS DE UN CURIOSO.

¿Veis ese grupo de tres personas, una de las cuales lee un periódico á la luz de un farol? Dos de ellos son jóvenes de 24 á 26 años y el tercero representa unos 60 años. Los tres visten el traje usual de nuestros honrados artesanos: pantalon y chaqueta oscura y sombrero hongo. Enfrascados en su lectura, que uno de los jóvenes sostiene en voz alta, no reparan en ese otro que, muy cerca de ellos se entretiene en fumar y mirar al cielo con tal atencion, que parece está contando las estrellas. Ese tal es alto, delgado y su traje es indefinible; si quereis conocer sus señas particulares, os diré que es algo vizco del ojo derecho, tuerto del izquierdo y un si es si no es subidillo de color: ese soy yo, que oigo y callo, ó mejor dicho no callo, pues os estoy contando lo que pasó.

«El baile dado en casa de los marqueses de N.—leia el joven— ha estado en extremo brillantísimo. Los salones se hallaban adornados con un lujo y gusto extraordinario é iluminados de una manera admirable. La señora y señoritas de la casa lucian trages riquísimos, que competian con los no menos ricos de las innumerables señoras que llenaban los salones. Entre los caballeros, tuvimos el gusto de ver lo mas escogido de nuestra sociedad. El buffet estaba servido con extraordinaria profusion y delicadeza. Por la madrugada terminó esta fiesta, saliendo todos en extremo complacidos de la finura y galantería de los señores de la casa.»

—Esto sí que es gozar de la vida, exclamó el lector, al terminar su tarea y en tanto que doblaba cuidadosamente su papel.

—¿Y qué quieres? replicó el otro joven, en cambio nosotros estamos todo el día trabajando, comemos mal y poco, y luego, ya ves, pasearse por esas calles ó aburrirse en la casa.

—Ojalá me toque la lotería; que entonces yo sabré gozar: ¿verdad, Tío Tomás? exclamó el joven lector.

El Tío Tomás, en tanto, preparaba un cigarro de papel y con la calma habitual de los ancianos, sonreía dulcemente, mientras echaba la antigua yesca con que encender su liadillo. Ya que lo hubo encendido, comenzó á fumar y solo cuando arrojó al aire dos ó tres bocanadas de humo, tiró el residuo de la yesca, guardó la piedra en la caja y esta en el bolsillo, escupió, volvió á chupar, levantó su cabeza y dijo con acento reposado:

—Hombres, ¿qué quereis que os diga? yo no soy de vuestra opinion.

—Pues díganos V. la suya, le replicaron. Bien sabe V. que todos le queremos en el barrio, y que sus palabras de V. valen mucho para nosotros; con que esplíquese V.

—Entonces estadme atentos y os contaré una historia, que os hará ver que no sirven las riquezas para gozar, ni dan otra cosa que disgustos y sinsabores.

A estas palabras, yo me hice todo oidos para no perder ni una sola de las de la historia, que el Tío Tomás comenzó de aquesta manera.

«En un pueblo, cuyo nombre no hace al caso, vivía contento un matrimonio joven, de regular fortuna y de educacion mediana. Las tareas del campo ocupaban de continuo al marido durante el día, y las faenas de la casa y la educacion de un hermoso niño, alegría de sus padres, eran el trabajo cotidiano de la buena esposa. De noche, reunidos en el hogar, se leía algun libro piadoso; se rezaba el santo Rosario y despues de una ligera cena, se buscaba el reposo en el sueño, para prepararse así á los trabajos del día siguiente.

De tal modo pasaba la vida esta familia un día y otro día. La calma reinaba en su alrededor, la paz en su conciencia, la alegría en su rostro, la abundancia en el hogar y la esperanza de futuras alegrías en sus corazones. Los vecinos les querian, les bendecian los pobres y nunca pasaba el señor Cura por la puerta de su casa sin saludarles cariñosamente y dar algun que otro beso al chiquitin. Ellos se creian felices y lo eran en efecto.

Un día del mes de mayo, ese mes de las alegrías y de las esperanzas, en que todo renace y en que hasta el espíritu del hombre parece encontrar nueva vida y nuevas ilusiones, los laboriosos habitantes del pueblo hablaban en corrillos por todas partes, con una animacion inusitada, viéndose retratada en todos los semblantes la mas grande admiracion.

Algun acontecimiento extraordinario debía suceder.

Y en efecto, un hijo del pueblo, que en los años de su juventud habia abandonado su hogar para marchar á la Corte, llegaba aquel dia con el objeto de pasar una temporada en su pueblo. A todos llamaba la atencion el lujo y grandeza con que se habia presentado. Traia mayordomo, criado, carruajes y habitaba la mejor casa del pueblo, que de antemano se le habia preparado.

Los que conozcan la vida monótona y tranquila de un pueblo agrícola, podrán comprender la importancia que se daría á semejante acontecimiento.

Se ponderaban sus riquezas, se aumentaba el número de sus criados, se apreciaban sus carruages, por supuesto en fabuloso tipo, y hasta se comentaba sobre sus ideas al volver á su pueblo. Este era, se puede decir, el tema principal de las conversaciones sobre Don Hipólito, que así se llamaba el recién venido. Quién creía que venia tan solo á descansar de sus tareas, quién que queria afincarse en el pueblo, quién le juzgaba dotado de santos sentimientos y que al verse tan poderoso, deseaba costear una gran iglesia en el pueblo, que buena falta hacia; cada uno, en fin, formaba sus conjeturas y aseguraba ser su opinion la mas autorizada.

Mientras, D. Hipólito procuraba descansar de su viage, y solo algunos parientes, aunque lejanos y pobres, eran los que habian podido visitarle en el primer momento de su llegada, saliendo muy contentos y muy anchos del buen recibimiento que habian tenido.

Aquella noche, nuestro matrimonio se ocupó tambien de D. Hipólito, antiguo amigo del marido, y entre ambos se convino que al dia siguiente iria él á visitarle como era natural. En efecto, vestido con el traje de los dias festivos, fuese nuestro hombre á casa del amigo, que al verle, le estrechó en sus brazos cariñosamente, le sentó á su lado y comenzaron una de esas conversaciones animadas, de recuerdos y de sentimientos, terminando por contarse mutuamente el estado de sus posiciones respectivas.

Don Hipólito le refirió cómo á su llegada á la Corte, y con los pequeños ahorros que pudo llevar, comenzó una série de negocios, que lo habian colocado en una posicion bastante elevada, pudiendo contar con un capital mas que mediano. Habia permanecido soltero, y segun decia, solo el deseo de volver á ver su pueblo le habia hecho abandonar Madrid, á donde regresaria bien pronto, por reclamarlo así la urgencia de sus asuntos. Se estendió en prolija reseña de las comodidades de la vida cortesana, en las ventajas que ofrecia, en las muchas esperanzas que aun creía realizar y en los multiples placeres que disfrutaba merced á su actual posicion.

Su amigo, encantado por las maneras distinguidas de su compañero de infancia, no cesaba de admirarle, quedando encantado al relato de sus asuntos. A su vez, le contó el estado de los suyos, le participó su casamiento y le anunció que tenía un hijo en quien cifraba su ventura.

—De nada te servirá mañana ese hijo, le dijo el otro, si no recibe mas educacion que la que puedas darle aquí. Tú debes abandonar esto donde nada adelantas, venirte á la córte, educar en ella á tu hijo, y bien puedes con tus recursos labrarte una posicion brillante y de magníficos resultados para el porvenir. Giró sobre esto el resto de la conversacion de los dos amigos, en la que el opulento cortesano desplegó tal riqueza de medios y de planes, que á nuestro buen hombre al salir de la visita y entrar en casa, todo le parecia ya pequeño, todo mezquino. La ambicion habia penetrado en su corazon, pero ambicion disfrazada con la apariencia del bien de su hijo, de su porvenir y de la posicion social que como buen padre estaba llamado á legar al fruto de su amor.

Habló con su muger largamente sobre el asunto, y en honor de la verdad, su mujer no se alucinó tan facilmente. Al proyecto de abandonar unos sitios para ellos tan felices, mas de una lágrima rodaba por sus mejillas, no pudiendo enjugarlas sino al contacto de su hijo á quien estrechaba cariñosa, como lenitivo á su mal; pero mujer en extremo sumisa, callaba y sufría. El Señor Cura, á quien tambien se le consultó sobre el caso, no lo aprobó, y desde entonces, se le saltaban las lágrimas al besar el chiquitin.

Pero, en cambio, D. Hipólito no dejaba de ver á sus amigos, á quienes procuraba deslumbrar con su lujo, y cual demonio tentador, siempre encontraba nuevas frases, nuevas esperanzas con que aumentar la mal disimulada ambicion de su antiguo compañero. Elogiaba las prematuras facultades del niño, aseguraba que el estudio frenológico de su cabeza, que registró con cuidado, hacian concebir grandes esperanzas sobre sus disposiciones, y en una palabra, tanto habló y tanto trabajó, que nuestro hombre, desvanecido, loco, podemos decir, abandonó su pueblo y se estableció con su familia en la córte.

En los primeros dias, francamente, ninguno de los dos se encontraba bien. No conocian á nadie, todo era nuevo para ellos, les atormentaba en extremo ese ruido, esa agitacion propia de las grandes capitales, tan contraria á la calma y sosiego de los pueblos.

Su amigo D. Hipólito no dejaba ni un solo dia de visitarles y un les acompañaba á ver las muchas curiosidades y cosas notables de Madrid. Pero todo Madrid fué visto, y era necesario ocuparse ya de cosas serias. Guiado siempre por su paisano, comenzó nuestro

nuevo cortesano á emprender algunos negocios que no salieron mal, estos crecieron, se aumentaron las ganancias y entonces, á vista de un porvenir que ya creia suyo, comenzó á disfrutar nuevos goces; esos goces que se compran y que por lo mismo nada valen.

Adquirió amigos, frecuentó teatros y reuniones, en una palabra, ambos comenzaron una nueva vida de mas tono, pero de mas agitacion. La mujer no se podia acostumbrar del todo, pero su marido le hacia ver que esta vida era la proporcionada á su nueva posicion, y ella callaba.

El niño fué puesto interno en uno de los mejores colegios de Madrid, y aunque esto contrarió mucho á la madre, porque temia se viciase algun tanto el corazon de su hijo, calló tambien, porque este era, decia el padre, el modo de hacerlo hombre.

Pasaron algunos años, y difícilmente se conocia ya el buen matrimonio. Vivian en una de las mejores casas de Madrid, daban magníficas fiestas, en las que recibian á las mas distinguidas familias y lucian en todos los círculos mas principales.

Pero, en cambio, la mujer siempre estaba de mal color, y aire triste, el marido se encontraba continuamente preocupado con los negocios, pues no todos salian bien, y el hijo, que ya estudiaba para abogado, hablaba de tú á sus padres, fumaba, se jactaba de ser ateo, y hasta jugaba alguna que otra noche, por entretenerse, segun decia.

Así las cosas, no contento nuestro hombre con la posicion que tenia, quiso figurar tambien en política: procuró salir diputado, se gastó para ello muy buenos cuartos, y logró sentarse entre los padres de la pátria y aun llegó á lucir mas de una cruz sobre su pecho.

¿Creeis vosotros que entonces gozaría? No lo creais. Cuando ya pensaba haber clavado la rueda de su fortuna, cuando todo en su redor parecia sonreirle, cuando le halagaba la suerte con riquezas, con honores, con distinciones de todo género, apenas si comia descansado y raras noches dormia tranquilo; apenas si tenia tiempo de pasar un rato con su mujer ni cuidar de su hijo. Las juntas, las consultas, los negocios, los festejos, le absorbian el tiempo de tal manera y le proporcionaban á la vez tales disgustos, que, pobre hombre, repito, ni comia ni dormia tranquilo.

Y en tanto, otros esplotaban sus negocios, no siendo el que menos su D. Hipólito.

Y mientras, el hijo, comenzaba á padecer de esa enfermedad que, si no siempre, con frecuencia se adquiere por los vicios, la tisis. La buena madre le cuidaba, y las múltiples atenciones del padre apenas si le dejaban verlo alguno que otro dia.

Una noche que asistia á una lujosa fiesta, á la que su esposa no

le acompañó por cuidar de su hijo, pero á la que él concurrió por creerlo necesario, fué avisado de que su hijo se encontraba en estremo grave. Deja la fiesta, corre á su casa y presencia en ella un cuadro terrible.

El hijo se agitaba entre las convulsiones de la muerte; la madre lloraba á su lado y con el tono mas dulce le rogaba admitiese los consuelos de la religion, que el hijo se empeñaba en rehusar. Entonces comprende el padre toda la desgracia de su ambicion. Aunque tarde, lamenta el abandono en la educacion de su hijo; aunque tarde, comprende que el dinero no da el goce del alma, la paz del corazon. Aquel hijo, por el cual, segun decia, abandonó el pueblo y buscó posicion y riquezas, era el primer castigo de su avaricia.

Pero Dios, que escucha las oraciones de los corazones buenos, escuchó á la madre, y el hijo, arrepentido, recibió los Santos Sacramentos. Al otro dia era cadáver.

El mismo dia perdió el padre un negocio en que aventuró sumas considerables. El mismo dia le volvian las espaldas no pocos amigos, á cuyo frente marchaba D. Hipólito.

El mismo dia tambien recibió una visita inesperada. El buen Cura de su pueblo, noticioso de su desgracia, se apresuró á prestarle esos consuelos que los ministros católicos pueden prestar en momentos tan angustiosos.

Pasado algun tiempo, arregló el pobre y afligido padre sus asuntos, y con un capital casi igual al que llevó á Madrid, tanto habia gastado y perdido, abandonó la córte, donde con sus riquezas no hizo sino padecer y sufrir, gozando hoy al lado de su esposa tranquilo, ocupándose en sencillos trabajos que alientan su corazon y le hacen ansiar las horas de descanso, en que verdaderamente encuentra satisfaccion. Hoy goza la tranquilidad de conciencia, que no gozó en su opulencia, y en la práctica de la vida cristiana disfruta lo que nunca pudo disfrutar en los placeres fastuosos de su vida rica y regalada. Hoy nada le agita como entonces, y duerme tranquilo, cual no durmió en otros tiempos. Si llora, es de dolor por sus extravíos pasados, de los que se encuentra arrepentido; arrepentimiento que ha sido premiado por Dios, dándole otro hijo de muchas virtudes, que hoy es un buen sacerdote.

Vosotros conoceis á ese sugeto. En su pueblo, al que no ha vuelto por no recordar los tiempos primeros de su felicidad, aquellos lugares de tanta dicha para él, le llamaban el buen Tomás, el Señor D. Tomás le llamaron en la córte, y hoy vosotros le llamis el Tio Tomás.»

El anciano Tio Tomás lloraba al concluir su relato, los jóvenes callaban y yo me encontraba conmovido.

Un Curioso.

(De *El Folletin* de Málaga.)

RECTIFICACION.

En el número anterior, página 288, se ha puesto como firma del artículo *Consecuencias de la guerra*, el nombre *Mariano Barraner*, debiendo ser *Mariano Barranco*.